## ¿QUE ES LA RELIGION?

# No existe ningún misticismo sano, y atribuir méritos a una religión sin altar es contribuir también al embrutecimiento de los hombres

Conste que las victorias militares conseguidas por todos los ejércitos coloniales del mundo menos por España, no tienen para nosotros la menor importancia. Consideramos que son actos reprobables y criminales en sí, y sin excepción; pero el oficial español, además de ser siempre un perdonavidas en cuerpos de guardia, salones, cafés y calles, haciendo alarde y ostentación de hombría, además de ir a las colonias con unas tragaderas capaces de achicar el Niágara, escapó siempre como una rata. Escapó de Italia, de Flandes, de toda América, de Africa, de Asia, de todos los países y de todos los continentes. Ahora, escapa en España, y si no está dominado el movimiento en todo el territorio, se debe al refuerzo de los requetés y paisanos y a la criminal colaboración de otros fascismos. En Roma no hay un solo fascismo, hay dos: el del Vaticano y el de Mussolini. En Berlín hay otro fascismo colaborador. Sin estas colaboraciones de Roma y de Berlín, los militares no hubieran hecho absolutamente nada. En Barcelona se tomaron cañones por paisanos sin armas. En todas partes, los oficiales han dado pruebas de ausencia de arrestos. Al ser juzgados, ninguno ha tenido valor para decir la verdad paladinamente. Cobardes para vivir fueron siempre, y cobardes para morir.

La leyenda ha durado en exceso. Que termine de una vez y por completo, es el primer deseo de los españoles que dan a su vida un contenido de honradez y laboriosidad. Que termine ese alarde indecoroso de gente que necesita vestirse más plumeros, galones y cintas que hay en una pasamanería; que termine la exhibición de ademanes equívocos, indumentaria ceñida y gestos de vanidosa recién parida; que acabe esa constante pesadilla de un enemigo que era un cobarde y un juerguista, un parásito y un incapaz. Más de 800 generales hay en España. Napoleón no tenía más de una cuarentena, en la época de más guerras.

Esta lepra del militarismo está llevando su merecido, y lo hubiera llevado ya, de no tener los gobernantes republicanos izquierdistas una debilidad marcada por los generales fascistas, queriéndolos mimar y dándoles mandos de compromiso, a pesar de saber que conspiraban. El pueblo supli ó con heroica lucidez la torpeza de los políticos, quienes gobiernan, según dicen ellos mismos, por la incapacidad del pueblo. Se ha demostrado que el pueblo no es incapaz, y que los únicos incapaces son los gobernantes poniendo armas y hombres en manos de militares profesionales cuya cobardía y cerrilismo son incomparables. En Zaragoza, los compañeros—hoy sacrificados—fueron engañados por el gobernador izquierdista, y lo mismo ocurrió en todas las ciudades españolas dominadas hoy todavía por el absolutismo de las espuelas.

La testarudez de los arrastrasables, testarudez que no delata más que debilidad en semejantes sujetos, ha tenido episodios culminantes en España al tutelar los militares una dictadura soez como la de Primo de Rivera, dictadura bovina, pero de reses castradas. No hay en el mundo oficiales tan inservibles como los españoles. En las guarniciones, el amo de los oficiales era la capitana generala, y el oficial o jefe que mejor sabía dirigir un rigodón, aliados éste y aquélla con el obispo. La unión de la mitra con el rigodón y las faldas se está viendo ahora corregida y aumentada en el baile trágico iniciado por los arrastrasables y que les costará la vida a todos.

En la clase media, había militares graduados que no pertenecían a la clase de terratenientes. Eran hijos de familias modestas, las cuales ascendían en pretensiones al tener un miembro cuartelario, ingresando las familias en el recinto de Marte por tolerancia, no siempre concedida de buena gana, de los privilegiados. Y así ha ido formándose la oficialidad al mando de un verdadero ejército autoritario con faldas, ejército que imponía el jesuitismo en los regimientos y lo hacía mantener por los mansos graduados. Ahí tenemos a los generales fascistas: Cabanellas, emparentado con el bandido Barrera; Queipo de Llano, consuegro del fraile Alcalá Zamora; Franco, miembro de una familia *madrugadora*, con todos los hijos en pingües cargos del Estado, incluyendo a Ramón Franco, fascista ahora como siempre, a pesar de su charlatanismo; Cavalcanti, emparentado con el feudalismo galaico; Mola; ídolo de todos los señoritos ociosos, cuyos padres han vivido explotando miserablemente a los trabajadores del campo, ídolo del salvajismo carlista redivivo hoy en Navarra al conjuro del propio general puesto en Pamplona como primera autoridad militar por la República izquierdista.

En tales almas morales están los oficiales españoles con su indumentaria arlequinesca y su única pena: la pena de muerte.

No está muy lejana la fecha en que un cura renegado que se apellida García Morales habló por radio desde Madrid para cantar las excelencias de una supuesta religión sin altares, de una religión cristiana sin cristianos de cuota.

Cuando los altares están recién quemados tan justamente por el pueblo, hablar contra el altar como lo hace Juan García Morales no puede pasar sin un comentario por nuestra parte.

García Morales se sitúa frente a los católicos proclamando el derecho popular contrario al monopolio sostenido por aquéllos. Invocando al Cristo del Evangelio para reforzar su tesis. Nosotros hemos de decir que ya viene a ser una mojiganga pesada, tan parecida a la de los cristeros, esa mojiganga del Cristo evangélico.

Las pruebas más solventes dan a este manoseado Cristo por no existente. Pero aun en el sentido mitológico y legendario, en el sentido mítico y de figura ejemplar, considerando a Cristo como prototipo de conducta, atribuyendo condiciones y relieves a un nombre y no a un ser, es decir, dando a la no existencia un contenido determinado, el que le atribuyen sus sectarios, resulta que Cristo representa una negación y un atentado contra la dignidad humana.

A la vez que proclama el ideal del desprendimiento de bienes y amor a los semejantes, se presenta como un monstruo sin entrañas al decir que castigará con eternos tormentos a los que incurran en su desgracia. Si nosotros, tratándose de un vil como Queipo de Llano ya nos contentaríamos con borrarlo del mundo de los vivos, ¿cómo es posible que todo un Cristo, a quien se atribuyen tantas perfecciones, condene a sus enemigos a fuego vivo para toda una eternidad? ¡Y a un ser creado por él o por su padre! En todo caso, y puesto que al pretendido creador se le atribuye poder ilimitado, ¿por qué no dotó mejor al hombre, dándole afición al bien y dándole también facultad de sentir horror hacia el mal? Esto, dicen los providencialistas que contradeciría el libre albedrío de los seres, pero no es así. Cuando el ser es libre para hacer el bien o para hacer el mal, y hace el mal sin dejar de ser libre, ¿no resulta el libre albedrío, en este caso, una prueba de irresponsabilidad moral? Si esta irresponsabilidad moral se siente y se practica su posibilidad hay que atribuirla a la incompetencia para crear que, de existir, hubiera demostrado el creador.

La religión, una de las formas de la autoridad, sólo se sostuvo mediante terror primero, hipocresía después, apego a las riquezas y a la fuerza bruta siempre. Pero no es cierto que haya creencias. Se cree en una imagen, como se cree o se creía en una bruja. En religiones, donde hay más religión espectacular es donde hay más creyentes en brujas. Se pide a una bruja que alcance esto o lo otro, y lo mismo da que la bruja esté en una capilla y sea de madera pintada, o que viva en una cueva rodeada de cráneos, cirios y sapos desollados. Esto prueba que las tonterías del Evangelio pueden equipararse a las de la brujería, lo cual no dice nada respecto a la seriedad de brujas en imagen o en camisa a caballo en una escoba.

No hay una religión aparte de sus ministros y sacerdotes. Si la hubiera o quisiera establecerse, nos hallaríamos ante una nueva monstruosidad. No es que los directores llamados espirituales sean sólo ellos causantes de los desastres del mundo. Lo son ellos en grado sumo, pero no los únicos. Generalmente, se cree que la religión produce brutalidad. Es exactamente lo contrario. Es la brutalidad la productora de religión. El temperamento inculto y grosero es terreno abonado para sentir preocupaciones religiosas a poco que se lo excite con terrores y mentiras absolutistas; pero un temperamento educado e independiente no aceptará ninguna teoría que empiece por anularle a él. Las religiones actúan contra los hombres que son como cadáveres. La religión hace más bruto al bruto, pero a un ser que no sea tonto, lo deja indiferente, cuando no indignado y exaltado contra los embaucadores religiosos. Si la religión fuera única brutalizadora, ¿cómo explicar la brutalidad de los que no tienen ninguna religión? La religión, como toda enfermedad, se ceba en los débiles, no en los fuertes. El hecho de que sean muchos más los débiles que los fuertes y que, por consiguiente, haya—o hubiera—más practicantes de religión que irreligiosos, casándose aquéllos arrodillados en la misma iglesia que ahora ven quemada con alegría, quiere decir que eran tan farsantes como los clérigos, y que todos juntos representaban una comedia, en la cual no hemos participado jamás los hombres de conciencia recta.

La religión se practicaba por temor, no a penas infernales, sino al *boicot* de los curas y de sus aliados los ricos. La religión se practicaba por ascender en categoría o representación dentro de los rangos convencionales en que tan estúpidamente se dividen los humanos. La religión se practica porque fomenta la afición al espectáculo, y como los jesuitas vieron que las parroquias eran lóbregas, construyeron o decoraron naves como *cabarets*. La iglesia del Pilar de Zaragoza, parapeto hoy del criminal fascismo, antes que todos esperamos ver cómo se derrumba sepultando a sus infames cristeros, era un *cabaret* por su aspecto y decoración. Y nada como un *cabaret* para cobijar a los fascistas, cuyo reino es el reino de la juerga. La religión se practicaba porque los mandones veían en ella un refuerzo para su autoridad; los obedientes, un refugio para su cobardía. La religión se practicaba como practica su vil oficio el empresario de máquinas tragaperras.

No culpemos sólo a los directores que en el lenguaje convencional se llamaban espirituales. Ninguno de éstos se atrevió nunca contra el hombre descreído que vive de manera laica convencida y razona su vivir libre. Se atrevió el clérigo contra el mísero contradictor que no tiene seguridad en lo que piensa ni en lo que dice. Se atrevió contra el inofensivo, contra el idiota, contra el desdichado sin voluntad. La confesión era un alarde de alcahuetería, y la mujer que iba a confesar recibía consejos garañonescos contra el marido, y se enteraba el confesor de la vida de la víctima, a la que el cura hacía la ficha y a veces le pintaba unos merecidos apéndices córneos.

Todo esto era la religión. El mayor empeño de ésta era dominar a la juventud antes de que ésta pudiera tener discernimiento, para encadenarla. Era todo en vano. El trato de ex colegiales y clérigos era un torneo para probar quién llegaba a mayor refinamiento en hipocresía.

El mal de la religión proviene de la misma médula del Evangelio, que reitera a cada paso la amenaza del infierno y desahucia de la vida a los no sometidos enteramente a una potestad monstruosa. El fascismo de los fascismos es el Evangelio, obra inmunda, libro casi único para generaciones brutales que acrecentaron su brutalidad leyendo los castigos tremebundos aplicados durante tantos siglos a imagen y semejanza de los castigos bíblicos, ultrainquisitoriales, de refinada crueldad y desprecio a la vida.

Seamos libres, y las inquietudes religiosas no tendrán la menor importancia para nosotros. Seamos independientes y resolvamos el problema de nuestra manumisión integral. Si con el pretexto de abandonar una preocupación—la religiosa—, nos quedamos con otras preocupaciones autoritarias, tales como la política, poco habremos avanzado. Seamos íntegramente libres, íntegramente hombres.

## De los hermanos del Uruguay

Montevideo, agosto, 29-36.

Estamos en estas oprimidas tierras de América con los nervios en tensión, y trabajando como se puede las simpatías hacia el heroico pueblo español. Aquí, en Montevideo, hay cientos, tal vez miles, si el caso llega, dispuestos a ir a España a luchar por la libertad del mundo. Hay un inmenso cariño por el pueblo español en esta hora de pelea por los generosos ideales de Humanidad. Aquí han abierto un registro de voluntarios en el Consulado, en el cual estoy anotado para irme; pero hemos sabido que no nos llevan. Yo personalmente tengo muchos deseos de irme. Ve modo, desde ahí, para que yo realice mis deseos.

Con saludos para todos los camaradas, soy vuestro y de la causa.

Adherimos a las manifestaciones anteriores, con un rabioso deseo de estar a vuestro lado luchando en el terreno de los hechos concretos.

Por el «Grupo Esfuerzo»: *Roberto Cotelo, Pedro Tufrós, Pedro Artuzar.*

Huesca está cayendo